



II.

EL ESTUDIANTE.

EL cura de Coteruco no era un santo, ni blasonaba de serlo, y para sabio le faltaba mucho; pero era virtuoso, infatigable en el ejercicio de su delicado ministerio, y no carecía de elocuencia persuasiva para dirigir frecuentes y oportunas pláticas á sus feligreses; daba á los pobres cuanto le sobraba, y algo más, y no se separaba de la cabecera de los enfermos en peligro de muerte. Sus recreos eran bien sencillos: cultivar un huerto que tenía, pasear por las praderas del valle, subir á Carrascosa y estar allí dos horas contemplando el paisaje; hacer de vez en cuando una visita á don Román, que le apreciaba mucho, ó quedarse en el pórtico de la Iglesia, ó en mitad de la mies, echando un párrafo sobre la siembra, la cosecha ó el ganado, si había quien se mostrara gustoso en hablar de ello. Ni más taberna, ni más baraja,

ni más escopeta, ni más tertulia. Rayaba en los sesenta años, se llamaba don Frutos, y podía gloriarse de que los recogía muy saneados en el pueblo, de la semilla de su ejemplo y de sus predicaciones. Era alegre, discreto y muy comunicativo.

Subía don Frutos desde Coteruco á Carrasposa la víspera del día en que subimos el lector y yo, mientras hacía lo mismo por la vertiente opuesta un mozalbete, caballero en un rocín de alquiler, cuyo espolique, y á la vez dueño del jamelgo, caminaba más de cien varas atrás.

Era el jinete poca cosa en estampa, y petulante en el aire, acaso porque de tal se le daban unos quevedos montados en su nariz, medio ocultos bajo el ala de un sombrerillo, con la cual intentaba el mozo librar á sus ojos de los rayos del sol que le herían á ratos y muy bajos, como que esto sucedía al acabarse la tarde. Llevaba una maletilla en el arzón trasero, y en el delantero una muleta atravesada, señal de la cojera del jinete, que bien se echaba de ver en lo seco y contrahecho de una de sus piernas, y en el estribo correspondiente, colgado media vara más arriba que el del otro pie.

Al llegar á la cumbre halláronse tope á tope el señor cura y él.

—¡*Reverendísimo pater!*—dijo con cháchara el de á caballo, después de contemplar á don Frutos un instante.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el cura luego que hubo mirado al jinete, con la diestra sobre los ojos, á guisa de pantalla.

—¿Cómo anda el pastor por estas alturas tan lejos de su rebaño?

—Pues, hombre, porque donde menos se piensa se halla alguna oveja descarriada.

—No dirá usted eso por la que acaba de encontrar en esta loma.

—¿Y por qué no he de decirlo?... ¿Tan en el redil te crees?

—Sin jactancia, padre cura: mucho más que usted.

—Alabo la modestia, aunque no me extraña, que de carne soy y pecador me creo... Pero ¿qué vientos te traen en estos tiempos y á estas horas por aquí?

—Vengo á dar un pienso á esa reata de bestias que usted pastorea en Coteruco.

—Buena es la intención; pero no lo digas muy recio en la plaza del pueblo, porque no todos son mansos, y puede alguno de ellos molerte el pienso sobre las costillas; y á fe que lo sintiera.

—¿De corazón?

—¿Y por qué no?

—Por el piadoso placer de ver descoyuntado á un hereje.

—¿Por tal te tienes, Lucas?

—Por tal me tienen las bestias negras.

—Ese chiste ni siquiera es tuyo; pero, así y todo, creo que te equivocas.

—¿Pues acaso me tienen por santo?

—¡No faltaba más!... Tiénente por lo que eres, y no por otra cosa.

—¡Morrocotudo será el concepto!

—No hay tal: tiénente por un pobre chico que erró la vocación, y se metió á filósofo terrorista, cuando nació para sacristán de mi parroquia.

—¡Presbítero!...

—¡Ni más ni menos, qué diablo!

—¡Así son vuestros juicios!

—No dan más de sí los hombres.

—Esa confianza os pierde ¡clérigos!... Esa contumacia en el error... ¡en el crimen!... os ha de costar cara. ¡Ay del día de las justicias!...

—Desde que estais amenazándonos con él, ya ha llovido.

—Pues yo os anuncio que el trueno estalló ya, y que la hora se acerca.

—Te juro que no he visto un mal relámpago.

—Porque «tienen ojos y no ven.»

—Bien podrá ser eso.

—Los huracanes de la idea regeneradora zumban en todos los ámbitos de España.

—Pues, hombre, aquí tenemos un invierno delicioso.

—Porque «tienen oídos y no oyen.»

—No diré que no, si en ello te empeñas. ¿Y son esos los vientos que hacia acá te empujan?

—Acaso, acaso.

—Vaya, pues me alegro mucho; porque si he de ser desollado vivo en castigo de mi contumacia, siempre será un consuelo para mí que me desuelle mano conocida.

—Eso de desollar se queda para vosotros, ¡inquisidores, tiranos, verdugos del pensamiento!... Nosotros traemos la luz, el amor, la regeneración del hombre por la libertad y la idea...

—Supongo, Lucas, que no traerás contigo todo eso; pues para guardar tantas cosazas, no es mucho que digamos la maleta.

—Las traigo aquí, ¡clérigo estúpido!...

Y se dió en la frente una palmada feroz.

—Tampoco me parece el recipiente muy allá.

—Para los que juzgan los libros por el forro, y aprecian las cabezas por el volumen, chica es la mía, en efecto; pero llenóla *el Gran*

Sér de su esencia, y un rayo de esa luz pesa más que todas las bayonetas de vuestros ejércitos de verdugos.

—Hombre, si mal no recuerdo, eso lo dijo, aunque mejor dicho, un guerrero, mientras inundaba el mundo de bayonetas, quizá para comprobar el aserto, y más tarde fué empujado por ellas, con su luz y todo, á morir á obscuras en un peñasco solitario.

—Las verdades fallan de continuo por las ambiciones de los hombres que las profanan; pero las verdades son eternas.

—Mucho que sí, Lucas, y la demencia incurable. Conque ya hablaremos más despacio; ve en paz, y que Dios te alivie, que yo voy á sacudir, con el viento de estas alturas, ese olor de sacristía que tales bascas te da.

Tras esto se alejó don Frutos muy risueño, y echóle Lucas una mirada desdeñosa desde la altura de su jamelgo.

—¡Clérigo, clérigo... clérigos!—gritó al cura después de pensar un rato la respuesta.

Arreó luégo un espolazo con la pierna buena al cuadrúpedo, y comenzó á bajar por el sendero de Coteruco.

En las primeras casas, arrimado á la esquina de una de ellas, encontró á su amigo y contemporáneo Gildo Rigüelta, hijo del buen Patrio, mozuelo presuntuoso con aires macare-

nos, sin más oficio ni beneficio que seguir á su padre en sus correrías y trapisondas: llamábanle de mote *el Letradillo*, por sus alardes de pendolista y sus pujos de resabido. Estrecháronse Lucas y él las diestras, y hablaron largo rato. Al despedirse, por acercárseles el espolique, dijo Lucas á Gildo:

—Si oyes esta noche contar que está á la muerte el cura de Coteruco, no preguntes de qué se muere; es de un calentón de orejas que acabo de darle yo en el alto de Carrascosa.

Picó en seguida al jamelgo, internóse en la aldea, llegó al ya mencionado caserón solariego, apeóse á la puerta con trabajo, apoyóse en su muleta, pagó al alquilador lo convenido en la villa donde dejó el ferrocarril para tomar el caballo, y entró en el lóbrego portalón con el maletín al hombro y canturriando, con su voz atiplada, el himno de Garibaldi.





III.

LO QUE NARDA IGNORABA.

TODAS las romerías que he visto en la Montaña y fuera de ella, se parecen entre sí como las aves de una misma pollada; en todas, con leves diferencias de colores y accesorios, preside el mismo objeto, que es divertirse brincando la gente joven, y recrear los ojos la muy madura.

Podrán asarse vivos los romeros de las Castillas bajo un sol inclemente, sin un triste ramajo que les preste un palmo de sombra; vestirán las mozas la estameña negra y bailarán al son de la zampoña y del tamboril, con *Salicis* de zahones y gorra de pelo; beberán de lo de Toro los aficionados, y harán el lastre con palominos ó *abadejo*, cuando no con chorizos ahumados ó empanadas de borrego; jugaráse al toro más allá con dos navajas por cornamenta y una tranca por estoque; entrará la gente en la ermita del Santo con más ó menos

compostura; podrán los chicos revolcarse en el polvo de la llanura, y los jóvenes de *viso* echarse á rodar de un cerro abajo... y así por el estilo... Podrá el valle montañés estar literalmente tapizado de flores y verdor; veránse sus senderos invadidos por una juventud tan alegre como los colores de sus vestidos; habrá junto al pueblo de la fiesta un extenso cajigal, á cuya sombra se reúnan los romeros que atraviesan el valle, y los que bajan por los cerros inmediatos, y hasta los que se columbran en las montañas de más allá: las mozas con el blanco moquero en la mano, y entre sus pliegues preso el ramillete de claveles y mejorana; los mozos con la chaqueta al hombro, el zapato de color, los finos pantalones y la camisa de anchas y ondulantes mangas, recién planchada, tal vez por la moza de sus pensamientos; sonará bajo los copudos árboles la alegre encascabelada pandereta, no tañida por mercenarias manos, sino por las zagalas más apuestas y cantadoras de la romería; bailarése á su compás en ordenadas filas y haránse las mudanzas tradicionales sin que el pudor proteste ni la moral se escandalice; jugarése á los bolos en adecuada plaza, y aquí habrá una *carral* de vino sobre una *pértiga*, con la cacharrería de ordenanza, y allí una cantina con pollos con arvejillas, saturados de azafrán, y carne guisada,

con su dejillo de laurel estimulante; y por todas partes rosquillas y caramelos encarnados, y agua de limón «como la nieve,» y perojillos *roderos* y otras frutas de la estación, y el ruido y el alborozo pertinentes; no irá moza á tomar puesto junto al baile á esperar la fina invitación de algún mancebo, sin haber entrado antes á rezar al Santo de la ermita y depositar su óbolo en el platillo que al efecto estará sobre las andas de aquél, y admirado el arco de pañuelos, cintas, acericos y relicarios, bajo el cual se hallará expuesta la imagen todo el día, en el cuerpo de la Iglesia; y ni moza ni zagal se retirará á la tarde sin cargar el pañuelo de *perdone*, para obsequiar en el pueblo con la tostada avellana ó la dulce rosquilla, á las personas de su cariño, que no participaron de la fiesta... Podrá, digo, haber éstas ó parecidas diferencias de detalle entre las romerías montañesas y otras de allende; pero en lo esencial son idénticas. Por eso no describo la que en este capítulo nos hace al caso; trabajo que fuera, por otra parte, amén de inútil, peligroso para mí, puesto que descritas andan otras iguales por pluma tan egregia como la de *Juan García*, en providencial y honrosa recompensa de los borrones con que las ha tiznado, en más de un libro, esta mía pecadora. Pero hay un detalle en la romería montañesa que yo debo citar,

porque ignoro en este instante si pertenece también á las de ultra-puertos, ó si ha sido citado ya alguna vez, y, sobre todo, porque nos hace falta en la presente ocasión: refiérome al salón que se prepara en el Ayuntamiento, ó en una casa particular, ó en un palacio inhabitado, que nunca suele faltar en el pueblo de la fiesta, para que el concurrente *señorío* baile en él *por lo fino*, mientras la gente menuda se zarañea en el cajigal al uso de la tierra.

El verano anterior á la fecha que hemos puesto al comienzo de esta puntual historia, estuvo rechispeante como nunca, merced á lo abundante que se presentaba la cosecha en el valle, y á lo esplendoroso del día, la romería de la Asunción en el pueblo de Verdellano. Salieron á relucir sobre uno y otro sexo los mejores trapos de la juventud elegante de tres leguas en contorno, y no faltó Magdalena acompañada de su padre, que no quería privarla de esas distracciones que la gustaban mucho, y eran las únicas que podía ofrecerle en aquellas agrestes soledades.

Á media tarde, cansada ya de la romería, llegóse con don Román al palacio llamado *de los Cárabos*, por los muchos que en él hacían sus nidos, de la propiedad del duque del Infantado (porque es de saberse que en esta provincia casi todos los palacios viejos pertenecen á

ese señor), en cuyas destartaladas entrañas (ya se comprenderá que aludo á las del palacio) se había habilitado una gran sala, con tres docenas de sillas heterogéneas, algunos bancos inconexos, y dos *calderones* llenos de agüa azucarada, sobre una mesa colocada en un ángulo, de los cuales cántaros se sacaba el refresco con un *tanque* de latón, y se ofrecía en un vaso, huérfano de toda familia, al sediento que lo solicitaba; y, por último, una tarima construída con tres cajas vacías, sobre la que dos ciegos, con sus respectivos lazarillos, tocaban... lo que salía, en sendos violines, con el acompañamiento de los triángulos, ó hierros, que hacían sonar los dos muchachos siempre que no necesitaban el tiempo y los brazos para bostezar y desperezarse.

Cuando entró Magdalena en el salón, descansaban músicos y danzantes. No eran la frescura ni el brillo la cualidad llamativa de aquellos tules, sedas y muselinas; ni la moda ofrecía allí un carácter de absoluto dominio. Conocíase de lejos que ciertos verdes marchitos habían, años antes, salido azules de la fábrica, y lazos andaban por el cuello y sobre el busto, que en el moño estuvieron luengos días, presos allí por la moda; no todo lo que se ceñía á un cuerpo podía jactarse de no haber nacido falda, y algo arrastraba por el suelo, muy estira-

do, que primero vivió fruncido en la cintura. En el corte se notaba la mano industriosa, pero indocta, de la necesidad; en el calzado dominaba el charol marchito, cuando no con grietas; los guantes denunciaban, á larga distancia, muchos restregones de miga y alguna jabonadura; abundaban las cadenas de similor, y no escaseaba la pedrería falsa.

Pero si los hábitos no eran de lo más exquisito, las caras y los cuerpos eran muy otra cosa. ¡Cuidado si los había macizos y bien contorneados! ¡Caramba si había rostros saludables, con ojos que echaban lumbres... y hasta memoriales! No los desairaban, por cierto, los donceles del salón, un sí es no es atrasadillos también de moda, según lo que culebreaban y se retorcían entre las damas, se afilaban los bigotes, ó teceleaban en el sospechoso metal de la leontina, mientras sus ojos fruncidos ó sus rientes labios lanzaban saetas de amor ó ternezas de romance.

Así estaba la escena cuando Magdalena, acompañada de su padre, apareció en el salón, vestida sencillamente de blanco y, por todo adorno, un lazo de color de rosa en el pecho y una dalia en la cabeza.

Cesó por unos instantes el rumrum de la gente; pero, pasada la sorpresa, comenzó más recio, mientras todas las miradas estaban fijas

en la linda doncella de Coteruco. Saludáronla cuantas y cuantos la conocían; encomendóla don Román á la compañía de una familia de su amistad; rodeáronle algunos señores graves que tenían á mucha honra sus apretones de manos; y, poco afectos á lo que allí pasaba, dejaron divertirse á la gente joven, y se volvieron á respirar el aire libre del campo.

No era ingenua curiosidad todo aquel afán con que miraban las damas del salón á la recién llegada; había mucho de ansia de encontrar en ella un defecto que justificase unos cuantos mordiscos de lengua á su persona ó á su atavío. Era Magdalena harto conocida en el valle por su fama de bella, de elegante y de rica; y en aquella ocasión urgía demostrar que la fama se engañaba, siquiera en la mitad. Á la vista estaba que la hija de don Román, sin dijes, moños, armaduras, dengues ni fingimientos, era lo único que descollaba por su frescura y por su aroma en aquel ramillete de trapos resobados y mustia pasamanería; mas por eso mismo era indispensable compensar un poco la diferencia con el peso de una murmuración tolerable, y aun en uso, entre personas «de buena educación.» Convínose, pues, entre las mujeres, *nénime discrepante*, en que no correspondían los méritos á la fama, y en que ofendía la exagerada sencillez de su arreo lo encopetado

y solemne de aquel concurso, y consoláronse así las maldicientes.

En esto reanudó sus tareas ímprobas la orquesta; rebulléronse los danzantes, y vióse Magdalena asediada de solicitudes. Durante una hora no la dejaron sosegar, y la instaron al baile en todos los estilos concebibles, desde el meloso y el laberíntico más osados, hasta el encogido y tartamudo más ruborosos; devoráronla con su mirar fogoso aquellos rostros mofetudos de encrespados bigotes y engomado pelambre, y la aburrieron excusas impertinentes y *finezas* cursis, églogas cerriles y metáforas empalagosas, ya aludiendo á la *blanca ovejuela del valle*, ya llamándola *pintoresca amapola de Coteruco*; tapáronse con remiendos del tiempo faltas de más adecuado asunto y hasta de sentido común, y ya no sabía, mientras bailaba ó respondía á un saludo, cómo librar sus manos narcaradas y finas, á la sazón cubiertas con transparentes guantes, de los restregones de tantas otras ardorosas y velludas. Jamás la dominó la pasión de la danza; pero aquella tarde estuvo á pique de renunciar al baile por todos los días de su vida. ¡Cuántas veces miró hacia la puerta, ansiando que entrara su padre en el salón para volverse con él á Coteruco!

En una de estas ocasiones, hallóse su mirada con la de un nuevo concurrente á la fiesta.

Casualidad fué; pero es lo cierto que las dos miradas se encontraron; que del choque producido por la curiosidad, brotaron chispas de interés, y que algo como asombro acabó por reflejarse en los ojos del que entraba, que no pensó, sin duda, hallar entre aquel concurso dama de tantos atractivos.

Y aconteció que el recién llegado, joven y apuesto, después de orientarse en el salón, tornó á mirar á Magdalena; que Magdalena, nueva en aquel género de guerrillas, entre el deseo de mirar al joven y la ignorancia de su deber, miróle al cabo y se puso colorada, sin saber por qué; que el galán se fué acercando sin dejar de mirarla; que luego la invitó á bailar; que aceptó Magdalena llena de complacencia, pero sin pizca de serenidad; que la gentil pareja bailó lo menos que pudo, y prefirió pasear por la sala, mientras las demás bailaban; que el mancebo habló mucho á Magdalena, y, por las trazas, muy al caso; y, en fin, que al volver la joven á sentarse, si lícito fuera en el mundo publicar los pensamientos, hubiera dicho á su galante caballero, en el momento en que se separaba de ella: «He aquí una pesadumbre con que yo no contaba.»

¡Qué diferencia tan extraordinaria halló Magdalena entre la discreción y el donaire de su nuevo acompañante, y la petulancia ó la

insipidez de sus antecesores! Desde el timbre de su voz hasta el corte y color de su vestido; desde lo ameno de su conversación hasta la elegante sencillez de su apostura, todo era nuevo é interesante para la sencilla muchacha.

Ya no le parecía el salón tan sofocante, ni aquella sociedad tan empalagosa; y si continuaba mirando hacia la puerta, bien sabe Dios que á ello no la movía el deseo de ver entrar á su padre.

Llegó éste, al cabo; propúsola, pues que la tarde se acababa, volver á Coteruco; despidiéronse entrambos de amigos y conocidos; hubo para el gallardo mozo, que á poca distancia de Magdalena la contemplaba, una mirada y un saludo que casi eran la denuncia de un corazón que empieza á mecerse en dulces y jamás sentidas impresiones; recibió en idéntico lenguaje una ferviente despedida... y notó la inexperta doncella, andando el camino de su aldea, que ni la conversación de su padre, ni la fragancia de las mieses, ni los alegres cantares y las gozosas comparsas de romeros que también volvían á sus hogares, lograban sacarla de sus meditaciones. Había en su memoria un empeño tenaz de recordar hasta la más insignificante palabra de las muchas que le había dirigido el incógnito galán; una extraña manía de descomponerlas y aquilatarlas, no solamente en

ideas, sino también en colores y en sonidos.

Que no las usaron tales los hombres que la habían hablado hasta aquel día, no admitía duda; que en ellas, sin embargo, no había la manifestación explícita de un propósito determinado, también era evidente; pero que en el conjunto de aquellos sonidos, de aquellas actitudes, de aquellas miradas, había algo de extraño que no podía estudiarse con el criterio de la razón, sino en el fondo del alma, bien claro se lo decía el sentir de la suya.

Entre tanto, ignoraba quién era, de dónde venía y adónde se encaminaba aquel hombre, nunca de ella visto y que, sin embargo, tan de su intimidad le parecía. Esta consideración, bien diluída en el claro entendimiento de Magdalena cuando las horas pasaron y el reposo calmó la fiebre de su imaginación, devolvió la quietud á su espíritu.

Pero fueron corriendo los días de aquella semana, y llegó el domingo, y el gentil manco apareció en la Iglesia de Coteruco, robando la devoción á Magdalena y haciendo revivir en su pecho impresiones apaciguadas por el frío raciocinio.

Todo esto es lo que Narda ignoraba y hubiera referido Magdalena, ahorrándome á mí el trabajo de escribir este capítulo, si la moctona Sebia hubiera resistido un rato más la

marejada del sueño, y no hubiera dado tan pronto con su cuerpo en los arrecifes del brasero.

Juzgue ahora el lector con qué placer oiría la enamorada doncella los datos que Narda le proporcionó, referentes á la procedencia del galán de sus pensamientos... y vamos á otro asunto.



IV.

LOS DE LA CASONA.

DON Lope del Robledal de los Infantes de la Barca, Ceballucos y la Portillera, heredó con el no muy esponjado mayorazgo de su padre, la carga de un segundón mal avenido con su suerte, vidrioso de carácter, algo jugador de naipes, un si es no es mocero y muy poco madrugador. Don Lope era todo lo contrario: levantábase al alba, no se le conocía el más pequeño desliz amoroso, y jamás tomó las cartas en sus manos; su genio era igual é inalterable, aunque, como los cardos agostados, áspero y seco á todas horas y por todas partes, y nunca mostró afán de poseer más de lo que le cupo en herencia. Verdad es que sin la carga de su hermano hubiera tenido con ello hasta de sobra, porque era parco y poco escogido en la comida, aborrecía el vino, y con decir que se calzaba y se vestía en Coteruco, dicho queda